

Kodokushi

孤独死

La muerte en aislamiento
de Enrique Olmos

Kodokushi

Dramatis personae

Hay cinco voces: Katia/Marcela/Cosme/Alex/Sol que tienen más de 25 años y menos de 30.

Y otras voces que pululan adentro de los cerebros de los personajes, entre incidentales.

Los testimonios en documental pueden llevarse a cabo con múltiples recursos o técnicas.

Instrucciones

Acaso se propone que se pueda habitar y recorrer un espacio (una casa, un departamento, una maqueta) en lugar de lo convencional.

Falso documental.

Tiempo y lugar

Aquí y ahora. Antes de la inevitable muerte.

«Uno no lo desea, pero prefiere siempre que muera el que está a su lado, en una misión o una batalla, en una escuadrilla aérea o bajo un bombardeo o en la trinchera cuando las había, en un asalto callejero o en un atraco a una tienda o en un secuestro de turistas, en un terremoto, una explosión, un atentado, un incendio, da lo mismo: el compañero, el hermano, el padre o incluso el hijo, aunque sea niño. Y también la amada, también la amada, antes que uno mismo.»

Javier Marías

uno

- Nadie te prepara para ese charco de sangre adherido a la piel del suelo.
- Nadie te prepara para ese rostro de perfil en descomposición, que se parece más a una máscara de Halloween. Piensas en el látex y en las arrugas del rostro de tu abuela, tan desdibujadas.
- Nunca habías oído algo así. Nunca antes en tu vida ese olor.
- Al que tu cuerpo se resiste. En realidad es como si todos tus sentidos dijeran NO. Pero sigues.
- Eres una voluntad en contra de sí misma.
- Te acercas... Un poco más, más.
- No deberías acercarte tanto Katia, deberías salir corriendo y llorar afuera, gritar a cien, doscientos o quinientos metros como mínimo.
- Nunca habías visto su cabello desparramado por encima del cráneo de esa forma.
- Por cierto, no te habías percatado que tu abuela en general tenía poco cabello.
- Nadie te dijo, nadie te advirtió, ni en la escuela, ni en las reuniones familiares, ni en los tutoriales de Youtube que esto podía ocurrir:
- Tu abuela pudriéndose en la cocina de su pequeña casa.
- Sus aretes, anillos, la ropa como si la hubieran diseñado para otra persona, de otra talla.
- Sollozas, maldices o casitevomitas o llorasgritas de asco y desesperación.
- A la lengua castellana le falta una palabra que describa ese encuentro: el de las lágrimas con un grito que se ahoga en una arcada.
- No sabes muy bien por qué, pero haces una foto.
- Movida y con poca luz, pero una foto. Quizá para la policía o para torturarte cuando vuelvas a mirar el carrete.
- Presionas el círculo blanco ante tu abuela, tu amada abuela ahí rodeada de insectos que entransalen que subenbajan que carcomen a la mujer que te cuidaba cuando eras niña.
- ¿Para qué esa foto?
- No lo sabes, no te importa. Uno no sabe por qué pretende immortalizar la desesperanza. Ya en la memoria, ya en el arte o en las pesadillas que tendrás durante los próximos meses.
- Pero ahora, en este instante le marcas torpemente a tu padre, pero solamente te sale un grito como de llanto, después a tu hermano que nunca contesta y mejor le envías un audio que no se entiende, adjuntas la foto para que sea la imagen la que hable por ti.
- No eres, no somos Katia sino una revolución de sonidos incoherentes.
- Sales a respirar pero regresa el vómito, con efecto retardado.

Notificación: Whatsapp. Hermanito (Tavo)

Pufff. Va la policía para allá... Yo también.

Pensamiento 1: Esperas. Esperas dejando caer tus lágrimas en el vestido que precisamente ajustó tu abuela con su máquina de coser...

Pensamiento 2: Tu mano tiembla, el teléfono tiembla, tu voz tiembla y los vecinos se congregan y te miran a la distancia: sientes como nunca la conmiseración ajena.

Pensamiento 1: Y tiemblas: de miedo, de impotencia, de tristeza.

Claudia Gómez. Médico legista.

Lo que primero sucede tras la muerte es que los músculos del cuerpo se relajan, lo que provoca que las funciones básicas del organismo se detengan y, en consecuencia, liberen contenidos de la vejiga e intestinos.

Este relajamiento muscular tiene como consecuencia un cambio en la apariencia de la piel, la cual se vuelve más laxa, lo que acentúa las estructuras óseas.

Posteriormente, la temperatura corporal disminuye progresivamente hasta igualar la del ambiente que lo rodea: este proceso es conocido como *algor mortis*.

Además, se afecta la distribución de la sangre en el cuerpo, lo que puede provocar un cambio de coloración en la piel. Finalmente, los tejidos comienzan su proceso de descomposición, relajando nuevamente las áreas que previamente se habían endurecido.

La muerte es el último proceso natural que experimenta el cuerpo humano, y marca el cese de todas sus funciones vitales.

La duración del proceso de muerte varía significativamente dependiendo del estado de salud del individuo, los tratamientos recibidos y la causa específica del deceso. En el caso de la señora Martha, de quien tuve que certificar su defunción, dado el tiempo que estuvo expuesta a las condiciones del ambiente y debido a su avanzada edad, su cuerpo era prácticamente irreconocible. Hasta donde tengo entendido su nieta fue quien la encontró, algo que debió ser muy perturbador... Por otro lado, esta clase de casos son cada vez más comunes, tristemente.

Pensamiento 1: Las vecinas dicen que sí olieron algo, algo raro, distinto. Pero nada más.

Pensamiento 2: Una mujer dijo que pensó que un vecino se había olvidado de sacar la basura.

Pensamiento 2: O que una rata se había quedado atrapada en los tubos del drenaje.

Pensamiento 1: No sería la primera vez.

Pensamiento 2: Pero no, no era una rata, era tu abue, tu abuelita.

dos

En algún lugar, esperando.

Alex: Cosme, ¿te imaginas ver a tu abuela así?

Cosme: Yo no vería nada.

Alex: Dije: ¿Te imaginas? No te pregunté si tú verías algo así o no.

Cosme: Cerraría los ojos y saldría corriendo.

Alex: Pero ya habrías visto algo, aunque sea mínimo para poder salir corriendo...

Cosme: No, nada. Mi intuición es más poderosa.

Alex: Estás tonto.

Sol: ¿Y qué le vamos a decir a Katia?

Cosme: ¿Qué se dice cuando alguien muere así? No estoy preparado.

Sol: ¿No sabes dar el pésame?

Cosme: Pues no... ¿Tú eres experta o qué?

Sol: Da igual cómo haya muerto el ser querido, solamente das el pésame, es decir la acompañas en su dolor, la abrazas y la escuchas. Y ya.

Cosme: ¿Qué es eso de acompañar en el dolor, Sol? Lo he escuchado varias veces pero no tiene ningún sentido...

Alex: ¿Por qué no?

Cosme: El dolor no se acompaña, se siente y ya. Es algo personal, interno, propio... Además lo que yo sienta por la muerte de su abuela será mucho menor de lo que ella está sufriendo.

Sol: Obvio. Pero es tratar de ponerte en su lugar, tener empatía, darle contención y todo eso...

Cosme: Quizá como no se me ha muerto nadie...

Alex y Sol: ¿Nadie?

Cosme: Nadie relevante. Por ejemplo, se murió un abuelo cuando yo era bebé; ni me acuerdo. Y del resto de mi familia de momento están todos.

Sol: ¿Ni un pez, un gatito, un tío?

Cosme: Mis papás nunca me dejaron tener mascota, ni virtual, justamente porque las muertes o despedidas en edades tempranas son traumáticas.

Alex: Wow...

Sol: Pero eres consciente que algún día te tendrás que enfrentar a la muerte, ¿no?

Cosme: Tal vez.

Alex: Tal vez no, seguro que sí. La propia o la de tus seres queridos. La muerte es parte de la vida.

Cosme: ¿Ustedes han pensado en cómo van a morir?

Alex: Pues sí. Creo que todo el mundo, ¿no? Y después de saber cómo murió la abuela de Kat he pensado mucho más en eso...

Sol: Yo también, por primera vez en mi vida.

Cosme: También yo.

Sol: Uno imagina que morirá en una cama de hospital, rodeada de sus seres más queridos. Pero no siempre es así...

Alex: ¿Sabes que programa no deberías ver?

Sol: ¿Cuál?

Alex: ¡Mil maneras de morir!

Sol: ¿Por qué?

Alex: No es para personas sensibles... Te hacen darte cuenta que todo es peligroso, puedes morir casi con cualquier cosa, incluso con lo más cotidiano: asfixiado por un chicle, el teléfono conectado explota cuando respondes una llamada, un rayo te destruye mientras caminas... O un tipo que iba caminando en la calle y le cayó un perro que se resbaló de una terraza.

Cosme: ¿Real?

Alex: Sí...

Sol: La vida es tan frágil.

Cosme: La vida es tan complicada y la muerte tan fácil.

Sol: Eso parece...

Alex: A ver... De nosotros tres, ¿quién piensas que va a morir primero?

Sol: Ay, no preguntes eso... Qué mal gusto.

Alex: ¿Por qué?

Cosme: Se me puso la piel de gallina.

Sol: No hablemos más de estas cosas, por favor...

Alex: ¿Y cuando llegue Kat?

Sol: Cuando llegue hablaremos de lo que ella quiera...

Cosme: ¿Y si nos quiere contar sobre cómo encontró a su abuela? No sé si yo pueda...

Sol: Pues la escuchamos. Y sí, sí puedes soportar.

Alex: ¿Y si nos da asco o miedo?

Sol: Ay, cállate.

Cosme: ¿Crees que venga con Marce?

Alex: Supongo que sí...

Sol: Yo no sabría que hacer si a mi novio se le muere su abuela y la encuentra así, en la cocina de su casa, ya casi irreconocible...

Alex: Para eso primero deberías tener novio.

Cosme: Buen punto... Oye, ¿y tenemos que ir al funeral y todo eso?

Sol: Solamente hicieron un rito para los muy cercanos y cremaron el cuerpo, así que no.

Katia.

La encontré desvanecida en el sillón. Hasta sentí que era otra persona, por un momento pensé que había entrado a otra casa, no a la de mi abuela Martha. Tuve ese impulso, de pensar que había sido un error, que no era ella... Después los médicos nos dijeron que el deceso databa de más de seis días. ¡6 días! Puff... Pobrecita... Ella dejó conectado su teléfono y por eso le seguían llegando nuestros mensajes; creímos que solamente no quería responder... Hasta que mis papás me pidieron que fuera a verla...

Un paro cardiorrespiratorio... Quiso pedir ayuda. Trató de llamar por teléfono pero no alcanzó a llegar...

Los tres con Katia.

Katia: ¿Saben qué es lo peor, lo peor de lo peor?

Sol, Alex, Cosme: ¿Qué?

Katia: Que siento tremenda culpa, tristeza. No la iba a visitar, a veces me llamaba y yo era súper cortante, porque no tenía tiempo y si ella no me escribía, pues yo tampoco. Reviso nuestro último año en WhatsApp y son conversaciones superficiales. Siento que quería acercarse a mí pero yo tenía la cabeza en otro lugar, sin ganas de escuchar sus pláticas, sus historias... Y encima muere sola, comida por los insectos, como diciéndonos: me abandonaron, familia.

Cosme: ¿Pero ustedes no la abandonaron o sí?

Katia: No, no... Para nada. Bueno, creo que un poco sí. Mi papá solamente la visitaba el día de las madres y en algunas fiestas... Y yo, pues yo no la veía seguido...

Alex: Pero no Kat, no tienes nada que ver en esto... Cuando te toca te toca. Y ya.

Cosme: ¿Esa frase qué? Tampoco tiene sentido... ¿Quién decide cuándo y por qué te toca?

Sol: No sé, ¿dios?

Alex: Yo tampoco la entiendo, la verdad.

Cosme: Ni yo.

Sol: Habíamos quedado que íbamos a escuchar a Kat y acompañarla...

Cosme: Ah, sí, lo de acompañar su dolor. ¿Tú qué opinas de eso de acompañar el dolor?

Katia: Se me hace una frase hueca, como todas, como casi todas las que he escuchado últimamente. A veces siento que la gente solamente repite y repite frases cuando muere una persona.

Sol: No es fácil hablar de la muerte...

Cosme: Exacto. Es muy difícil hablar de eso para mí, porque yo no la he sentido tan de cerca.

Katia: Claro, yo estaba igual que Cosme hasta hace unos días, vivía feliz sin pensar en que todo se acaba de un momento a otro, lo sabía, pero no lo había sentido...

Sol, Cosme, Alex: Claro...

Katia: Y ahora desconfío de quienes aseguran que “se aprende a entender la muerte” y que existe un método para aceptarla... No. ¡Yo no la acepto! Y desconfío de quienes ven en la muerte algo normal.

Alex: Pero es normal.

Katia: ¡No! Por ejemplo, ayer el sacerdote en la misa de mi abuela dijo: Aceptemos el designio de dios. Y yo: no, ¿por qué? ¿Por qué tenemos que morir y aceptarlo? ¿Y la gente que muere joven? ¿Los niños con cáncer? No, no acepto.

Cosme: Porque sino la vida no tendría ningún sentido...

Germán Espejo. Sacerdote católico.

Recuerdo la primera vez que vi un cadáver: me pidieron que acompañara a un viejo sacerdote para dar el sacramento de la unción de los enfermos. Yo estaba en el seminario estudiando teología, casi a punto de ordenarme. Lamentablemente cuando llegamos, la mujer ya había fallecido. Estaba en una cama, cubierta por completo por una sábana blanca. Aunque era relativamente joven el cáncer la había demacrado. Lo que más me llamó la atención fue que se escapaban las manos de la mujer por los costados de la sábana, con las uñas recién pintadas, de un rosa muy intenso y brillante, con unos pequeños dibujos en negro en el centro de cada uña, dibujos casi imperceptibles entre uno y otro, pero claramente diferentes. Fue su voluntad final, nos dijo una familiar. Parecía que la última capa de pintura se la habían aplicado justo antes de morir y que todavía no estaba seca del todo. En ese momento pensé que incluso cinco minutos antes de su muerte esa mujer se habría podido mirar las manos tan coloridas y acaso se habría alegrado, ¿sonrió al ver sus dedos de colores? Sé que es una tontería, pero eso fue lo que pensé. Y desde entonces cada vez que tengo que officiar una despedida, que consolar a los deudos, ungir a los enfermos terminales, trato de buscar esas últimas señales, los últimos guiños de vida de una persona, para honrar su recuerdo a través de las huellas que van dejando, de esas últimas huellas que van más allá de las palabras. ¿Acaso no somos los vivos una prolongación de los muertos? Sí, claro. Tal y como Nuestro Señor Jesucristo lo fue también.

Katia: Tengo que ir a una cosa aburrida: el novenario luctuoso. ¿Pueden venir?

Sol: Claro.

Alex: Mmm... No sé... ¿De qué trata?

Katia: Básicamente es rezar y llorar. No es la gran cosa pero me siento rara ahí...

Sol: Claro que te acompañamos.

Alex: No sabía que tu familia era religiosa...

Katia: Yo tampoco; creo que cuando alguien muere nos dan unas ganas absurdas de buscar a dios... O algo así nos está pasando.

Sol: Lo que sea necesario para que duela menos la pérdida...

Alex: ¿Cómo se llaman las señoras que se contratan para llorar?

Sol: Plañideras...

Cosme: Uy; yo en otra vida fui una de esas porque me da súper sentimiento todo lo de los funerales. Y sí voy, claro... ¿Pero puedo llorar?

Katia: Claro, Cosme...

En coro.

Dios Padre nuestro: Tú sabes la honda pena que nos aflige.
Recibe con amor a tu hija Martha que ha dejado desolada
nuestra casa para ir a tu eterna morada; y a nosotros, ayúdanos a
proseguir con ánimo el camino de nuestra vida, hasta que un día
nos reunamos junto a ti.
Amén.

tres

Un automóvil en movimiento.

Marcela: A diferencia de las flores, que se marchitan, las piedras permanecen. ¿Eso quieres, ser una piedra?

Katia: ¿Y tú no?

Marcela: No, no quiero ser inmortal.

Katia: Las piedras no son inmortales, solamente tardan mucho, pero mucho más tiempo en desaparecer.

Marcela: Pero no tienen vida, el precio por vivir, por sentir el mundo es la muerte.

Katia: Pero a su modo las piedras viven, porque también están en el mundo...

Marcela: Pero no lo sienten, es como sino existieran...

Katia: Quizá sí sienten algo, a su modo.

Marcela: No creo, ni con mucha imaginación una piedra podría sentir...

Katia: Quién sabe si en alguna universidad rara están descubriendo que la piel de las rocas percibe, que tienen un cerebro escondido en lo más recóndito de su formación geológica o lo que sea...

Marcela: No creo, amor, no creo...

Katia: ...

Marcela: ¿Y entonces cuántos años te gustaría vivir?

Katia: Pues miles, como las rocas...

Marcela: Ay, no. Más de cincuenta años me parece demasiado.

Katia: Ey, claro que no. No lo digas ni de broma... Tú y yo tenemos que llegar a viejas, quiero el privilegio de ser ancianas. Ancianísimas.

Marcela: No, no. Imagínate que nos ocurre lo mismo que...

Pensamiento 1: Que no lo diga.

Pensamiento 2: Que no lo diga, que cambie de tema, que estornude, que finja un dolor incontrolable o algo.

Pensamiento 3: Que le grite al conductor de enfrente, que tome una desviación, que se queje por el estado de las carreteras.

Pensamiento 1: Pero que no diga nada al respecto.

Pensamiento 3: Está a punto de abrirse una puerta que era mejor mantener cerrada.

Katia: ¿Lo mismo que a quien, eh?

Marcela: Que a muchas personas...

Katia: Como a mi abuela, ¿no?

Marcela: No, no necesariamente, amor.

Katia: Claro que sí, te refieres a ella. ¿Crees que no me doy cuenta que llevas varios días queriendo hablar del tema? Eres increíble...

Marcela: Para nada... Tú sí que quieres hablar de eso, porque con cualquier mención aunque sea mínima te sobresaltas. Mira cómo te pones...

Katia: ¿Cómo me pongo, eh?

Marcela: Olvídalo.

Katia: No, no... ¿Quieres decirme algo al respecto, Marce? Estoy súper triste y tú con esto...

Marcela: No quiero, voy conduciendo... Quiero concentrarme en llegar a tiempo a mi trabajo y dejarte cerca del metro.

Katia: Ajá.

Marcela: ¿Y por qué va tan lento esto? Avanza, vamos...

Katia: ¿Piensas que mi abuela murió sola y triste y que no hicimos nada por ella, verdad? No sabes la culpa que siento por todo esto... ¡Lo horrible que fue encontrarla ahí!

Marcela: No; pienso que murió como la gente mayor muere, de una enfermedad. Y ya. ¿Por qué le das tantas vueltas? Todas vamos a morir...

Katia: Pero tardamos casi una semana en recuperar su cuerpo. ¡No mames!

Marcela: Bueno... Resulta que en Japón es súper común, hay un documental incluso. Cuando tú estabas en lo del novenario lo empecé a ver...

Katia: ¿Qué es súper común?

Marcela: Morir en soledad y que encuentren tu cuerpo después, cosas que a veces pasan...

Katia: ¡Pues no!, no deberían pasar esas cosas, la gente querida debe morir acompañada.

Marcela: Exacto. Ese era mi punto inicial: no deberían pasar esa clase de cosas, por eso hay que morir antes, cuando aún puedes ser autónomo; porque los viejos sobran...

Katia: ¡Qué tonterías dices! Mi abuela no sobraba, eh.

Marcela: Pues ustedes no le hacían mucho caso, yo creo que un poquito sí les sobraba.

Katia: ¿Qué te pasa? No digas eso.

Marcela: ¡Ey!, no me pellizques, que voy manejando... ¿Querías hablar del tema, no? Pues ahí está mi opinión. ¡Y ya!

Katia: No, de hecho no quería. Lo estaba evitando.

Marcela: Siempre dices que no quieres hablar de algo, pero las dos sabemos que sí, que lo enuncias justamente para hablarlo. Y creo que era necesario.

Katia: ¿Necesario para qué?

Marcela: Para nosotras. Hablar de lo que sentimos y pensamos...

Katia: No puedo creer que me digas esto... No tienes idea de lo que es un duelo. Quizá tú no eres apegada a tu familia pero yo sí... Y esto es muy difícil.

Cosme: Ahhh... ¿Ya viste por qué el tráfico?

Katia: ¡No me importa!

Alex: Mira, mira: se estampó la moto contra el muro...

Sol: Uy... ¡No!, no, no, no quiero ver...

Cosme: Y el casco ahí tirado... Miraaaaa...

Sol: Ay, no.

Alex: ¿Crees que esté vivo? ¿Se mueve?

Marcela: No sé; no sé ve bien... El conductor creo que no, mira cómo quedó... La otra quizá sí.

Cosme: Vaya... ¿Por qué no podemos dejar de mirar un accidente?

Alex: No sé... Son tan hipnóticos, ¿verdad?

Sol: Pues ahí tienes la fragilidad de la vida...

Marcela: Que justo se nos marchita contra la piedra de una vía rápida...

Alex: Nota para mí: nunca comprar una moto.

Sol: ¡Qué horror!

Zamira N. Accidentada.

El torso no responde, parece adherido al asfalto, me quiero incorporar pero es imposible. Siento cómo se queda mi cuerpo ahí detenido mientras escucho voces lejanas de mujeres y hombres a los que no puedo ver, mis ojos son una costra cosida directamente a los párpados. Tengo el pecho caliente y apenas noto el latido de mi corazón: es tan tímido ahora. Pareciera que en mi pecho habita una familia de osos invernando, grandes osos de grueso pelaje que se abrazan y generan un calor como de fogata, como de chimenea en una cabaña, un calor diáfano pero insuficiente en este invierno repentino. Siento la presencia de los osos, yo misma creo que estoy en la cueva con ellos, me abrazo a su calor que quema.

¿Por qué me llegan estas imágenes?

Y algo como un líquido caliente se derrama sobre-o-desde-o-entre mi oído. Eso no está bien. Eso no es una buena noticia de ninguna manera. Estoy hirviendo y sin embargo tengo frío. Ganas de abrazarme y que el calor de las osas recorra todo el cuerpo, que no se quede ahí, en el centro, que baje a las piernas, que escale a la cabeza, que recorra los brazos, que despierte a los ojos. Ya había escuchado algo acerca del frío antes de morir. Se acercan las voces, me palpan, preguntan mi nombre. Quiero gritarlo o el de mi novio Jonás que iba conduciendo la motocicleta (¿estará bien, por qué no viene a levantarme?), pero no me sale la voz, solamente un quejido, un dolor de tan enorme inexplicable y enseguida me derraman en la cara agua desde una botella azulosa que me hace ver la luz de un sol de lunes a primera hora. Esa luz me deslumbra y no me salen ni las lágrimas. Muevo apenas el

cuello y veo una montaña humeante de chatarra: era nuestra
motocicleta.
Al menos a ella no le duele nada. Pero yo aquí queriendo ser,
sintiendo este dolor enorme. Y este calor inexplicable que se
concentra en quemarme el pecho. Resiste, me dice alguien.
Resiste. ¿Cómo se hace eso? ¿Quién te enseña a resistir? ¿En
qué momento se aprende a resistir? ¿Y cómo evitar que gane el
dolor?
¿Cómo?

cuatro
En la alcoba.

Pensamiento 2: Como pequeños alfileres que van creciendo minuto a minuto en la piel se te insertan especialmente en la cien, entre los ojos, en la nuca.

Pensamiento 3: Así duele el insomnio.

Pensamiento 2: ¡Primordialmente si tienes que despertar temprano para ir a trabajar!

Pensamiento 1: Cuánto más produces, más ganas, no lo olvides.

Pensamiento 3: Nunca lo olvides, Katia.

Pensamiento 1: Estás en la mejor edad para ser productiva.

Pensamiento 2: Así que mejor vuelve a la cama e intenta dormir.

Pensamiento 3: No te distraigas con ese documental lejano, inútil.

Pensamiento 2: Anda, tómate otra pastilla, mejor dos... Deja de pensar tanto... Pensar te lleva a la ansiedad.

Pensamiento 1: Katia, escúchame, escúchate, escúchanos: cierra los ojos, no pienses en nada.

Pausa.

Marcela: ¿Otra vez no puedes dormir, amor?

Katia: No puedo... Pero no te preocupes. Ya me tomé otra pastilla. Enseguida hace efecto.

Marcela: ¿Sigues viendo ese documental japonés?

Katia: Sip. Pero tú duermes...

Marcela: No sé en qué momento se me ocurrió enviártelo...

Katia: Mejor te dejo dormir.

En la bañera.

Pensamiento 2: No te aísles. No te vayas de la cama.

Pensamiento 3: No abandones a tu novia, a tu pareja o lo que sean.

Pensamiento 2: Apenas seis meses viviendo juntas: Debes cuidar lo que tienen, lo que son. No lo destruyas por una obsesión.

Pensamiento 3: Piensa bien lo que haces, Katia.

Pensamiento 2: Escúchame: estás vulnerable, es todo. Respira profundo... Respira...

Pensamiento 2: Otra vez. Una vez más...

Pensamiento 3: ¿Que no sirve respirar profundo? Quizá la que no sirve eres tú...

Pensamiento 2: Tranquila, no es momento de pelear con una misma.

Pensamiento 3: No deberías llevarte el iPad para seguir viendo esa cosa.

Pensamiento 2: La gente nace, vive y muere. No hay más.

Pensamiento 3: ¿Qué más da cómo se muere? ¿Qué más da?

Kodokushi.

En Japón cada hora mueren en extrema soledad tres personas. A este fenómeno de morir sin acompañamiento se le conoce como kodokushi.

Nadie las echa de menos, nadie las reclama: personas abandonadas en vida.

Pensamiento 2: ¿Qué sentido tiene nuestra existencia?

Pensamiento 3: Ninguno, ya deberías saberlo, Katia.

Pensamiento 2: No te pongas filosófica. ¿Para qué? ¿Por qué ahora?

Pensamiento 3: Solamente te haces daño con esas dudas.

Pensamiento 2: Mejor abre TikTok y ahí puedes ver algo que te distraiga.

Pensamiento 2 y 3: Algo así: simple.

Pensamiento 3: Y recuerda: Vive como si fuera el último día y ya.

Pensamiento 2: ¿Para qué más?

Pensamiento 3: Es cierto que esa frase de “el último día” últimamente te provoca escalofríos.

Pensamiento 2: Pero es porque estás sensible. En breve se te pasa. Tranquila.

Kodokushi

Los vecinos son los primeros en darse cuenta. La mayoría de las personas que mueren en soledad son ancianos jubilados, pero también encontramos a jóvenes depresivos, viudos o personas con problemas de salud mental. El abandono comienza a edades cada vez más tempranas en Japón, el país más envejecido del mundo. Una de cada diez personas tiene 80 años o más. Y en esta nación cada vez nacen menos niños. La esperanza de vida durante los últimos años es de 87 años para las mujeres y 81 para los hombres. Mientras tanto, el año pasado, el número de bebés nacidos en Japón cayó por octavo año consecutivo.

Pensamiento 2: Lo que sientes es culpa, nada más.

Pensamiento 3: Tu abuela está en un lugar mejor.

Pensamiento 2: ¿En qué lugar? Eso lo decides tú. Usa tu imaginación. Ella puede estar dónde tú quieras.

Pensamiento 3: ¿Dónde quieres que esté nuestra abuela, Kat? ¿En el cielo?
Concedido... Listo.

Kodokushi

Un caso que puso en alerta a todo el país ocurrió en el año 2000 cuando se descubrió el cadáver de un hombre de 69 años, tres años después de su muerte. Una vez se agotó la liquidez de su cuenta bancaria y las facturas no pudieron ser cobradas, la policía acudió a su casa y se topó con una imagen tan triste como dantesca, un esqueleto que había sido devorado por todo tipo de insectos.

Este es un claro ejemplo de Kodokushi en el que es necesario recurrir a la limpieza especializada o Tokushu soji (limpiezas traumáticas). Puesto que, tras la depuración doméstica post mortem, estas empresas realizan otra de carácter ritual y rezan por el alma del difunto.

Pensamiento 2: No trates de comparar una cultura tan lejana como la japonesa con la tuya.

Pensamiento 3: No tiene nada que ver. Ni te esfuerces. No funciona así. No lo hagas, de verdad.

Pensamiento 2: Somos latinos, cálidos, familiares, cercanos.

Pensamiento 3: Recuerda que somos una cultura colectivista, no individualista como ellos. Aquí nos preocupamos por los demás. ¿O no?

Todos: Anda, deja de pensar ya en esto y regresa a dormir. Vamos...

Pensamiento 2: Eso, duerme. O al menos inténtalo, aunque sea debajo de la regadera, no importa.

Pensamiento 3: Apaga los ojos y déjanos descansar Katia, por favor.

Todos: ¡Apaga la luz y duerme!

Kodokushi

Japón es por lo tanto la proclama de un mundo cada vez más solitario y envejecido, el anuncio de sociedades que consideran a las personas mayores inservibles, que las omiten y aíslan en cuanto dejan de ser productivas. Y desde este panorama triste han surgido cada vez más empresas de limpieza (tokushu soji);

por ejemplo, acompañamos a Kenzi Matsumoto, uno de los encargados de estas brigadas de limpieza...

Pensamiento 3: No, no, ya te ibas a dormir Katia. Apaga eso.

Pensamiento 2: Ya no eres una niña. Eres adulta y tienes responsabilidades. ¡Por eso no rindes en el trabajo!

Kodokushi.

Kenzi Matsumoto: cuando decidí ser músico mis padres se preocuparon mucho, porque no es un trabajo bien pagado y justo entonces mi abuela murió repentinamente en su bañera. En aquella época mi madre sufría de colagenosis y además estaba muy afligida por la muerte de su madre, pero de todos modos tuvo que limpiar la casa después del funeral. Al ver a mi madre haciéndolo me di cuenta que esa profesión podría ser de ayuda para la sociedad. Así fue como abandoné la música y supe que lo hacía para siempre; en aquel momento no sabía qué hacer con mi vida y mi abuela me enseñó el camino: mi propia iniciativa de limpieza forense respetuosa.

Pensamiento 3: No, no... Es una simple coincidencia. No todo tiene que ser una señal.

Pensamiento 2: ¿Y cómo se te ocurre buscar a un japonés que no conoces de nada?

Todos: ¡Estás loca!

Pensamiento 3: ¡Stalker!

Pensamiento 2: ¿Y de cuando es el documental?, mira bien la fecha, yo creo que ya ni se dedica a eso...

Pensamiento 3: Tranquila, Katia... Mejor regresa a dormir: Recuerda que mañana tienes que trabajar.

@kenzimatsumoto3

¿Ya sigues a kenzimatsumoto3?

Pensamiento 2: No, no creo que sea él...

Pensamiento 3: Va a pensar que eres una auténtica trastornada. No sigas...

Todos: ¿Estás segura? ¿Katia?

Mensaje...

Hola señor Matsumoto, primero que nada quiero que sepa que estoy utilizando google translate, así que no me juzgue si mi mensaje está mal escrito. La razón es porque he visto el documental de los Kodokushi y me gustaría comenzar, como usted, una brigada de limpieza digna aquí en México. Ojalá me pueda aconsejar.

También quiero que sepa que me parece admirable.

Traducir

こんにちは、松本さん、まず最初に知っておいていただきたいのは、私は Google 翻訳を使用しているので、私のメッセージのスペルが間違っているかもしれませんが、その理由は、私は『孤独死』のドキュメンタリーを見て、あなたと同じように、ここメキシコで立派な清掃団を始めたいと思ったからです。どのように始めればよいかアドバイスいただければ幸いです。私があなたを素晴らしいと思っていることも知っておいてほしいのです。

cinco

Desayunando.

Katia: No sé cómo decirle a Marcela...

Alex: Pues así, directo.

Katia: No, ella no lo tomará bien. Tengo que hacerlo poco a poco.

Cosme: ¿Por qué?

Katia: No sé, ella es así. No le gustan los cambios, es súper ordenada, con metas fijas y todo muy claro, planificado y sin sobresaltos. Ella me lo dijo cuando empezamos: jamás en la vida.

Cosme: Pero se aman, ¿no?

Katia: Mucho.

Cosme: ¿Entonces?

Katia: No es tan fácil decirle a alguien que amas que cambiaste de opinión, Cosme.

Cosme: Ya, como yo nunca he amado a nadie... Pues ni idea. El amor romántico es tan vintage...

Alex: ¿Y por qué repentinamente quieres ser mamá, Kat?

Katia: Pues no sé Alex, quizá me entró miedo acerca del futuro o se despertó mi instinto maternal.

Alex: ¿Tan joven? Creí que eso era después de los treinta y tantos...

Sol: ¿Y no querrás ser mamá porque tienes miedo de que nadie te cuide en la vejez o sí?

Alex: Sería patético.

Katia: Pues un poco sí... ¿No lo han pensado? Tal vez sueno patética, pero no me importa...

Cosme: ¿Pensar el qué, Kat?

Katia: ¡Que no estamos teniendo hijos, o muy pocos! ¿Y qué va a ocurrir cuando seamos ancianas? ¿Y además qué sentido tiene la vida? ¿Solamente se trata de trabajar y trabajar en cosas horribles y después emborracharnos los fines de semana y ver las películas de moda y llenar Instagram de historias? ¿De cosechar corazones? ¿Así hasta morir?

Alex: Mmmm... ¡Sí! Exacto... Me gusta ese plan.

Cosme: ¿A quiénes te refieres con ese plural tan enorme?

Katia: A ti, a mí, a todos nosotros. La gente con la que estudiamos, mis primos, mi hermano por ejemplo. No sé... Parece que nadie quiere procrear. Es casi como una maldición...

Cosme: Sin el casi.

Alex: No es si quieres procrear, es si puedes. Para eso se necesita dinero, mucho dinero, es un lujo. Y nosotros, con nuestro salario de empleados de último rango, pues no mi reina.

Sol: Bueno, bueno, hay muchas madres solteras también, ¿eh?

Katia: No es el punto Alex: piensen en cómo será nuestra vejez. En quién cuidará de nosotras. ¿No tienen miedo de la soledad? ¿No tienen miedo a que nuestra única familia, nuestro principal legado sean un par de gatos amargados? ¿Y nuestros padres no merecen nietos? ¿No piensan en eso? ¿Soy la única loca con esto?

Cosme: Sí...

Alex: La única, amiga.

Sol: Seremos viejas hermosas con gatos y ya. Tranquila, Kat.

Katia: ¿Y vamos a morir solas?

Alex: Probablemente.

Cosme: Qué remedio...

Katia: Con ustedes definitivamente no puedo.

Alex: A ver, quizá para ese entonces ya existan súper enfermeras robotizadas con inteligencia artificial que finjan tristeza y así estemos más tranquilas en esos últimos momentos.

Cosme: Yo me imagino en un súper asilo, enorme, elegante y con muchas áreas verdes, árboles, arbustos recién podados. Gente, mucha gente como yo con andaderas, pero con *flow* también, peleándose por estar en las mejores bancas, en las mejores terrazas, cerca del lago artificial. Lleno de gatos el asilo. Eso: veo gatos de aquí para allá. Y en la noche, más bien desde el atardecer cambia la iluminación y es como un *rave* pero de puros ancianos. Todos estamos súper drogados, todos llenos de píldoras raras y con una música electrónica de fondo, luego viene el perreo intenso pero en nuestro caso ya no tan intenso, por aquello de la cadera...

Katia: No se puede hablar en serio de este tema...

Alex: Además ni siquiera te va a alcanzar para pagar ese súper asilo, **Cosme:** Vas a estar en uno mugriento llenos de cucarachas con nosotras...

Sol: Tranquila Kat. Ni siquiera sabemos si habrá mundo para cuando seamos viejos.

Cosme: Exactamente, Sol...

Katia: Sí, sí habrá. ¡Ese es el puto problema! Que estamos en una actitud apocalíptica de que el “mundo se va a acabar” y por eso no planeamos nada, ni

jubilación, ni salud, ni familia... Trabajamos en lo que podemos, no en lo que queremos.

Sol: A mí la verdad no me asusta llegar a ser anciana, me asusta no llegar. Es decir, que la vida se ponga tan cuesta arriba que me desviva antes... Eso sí me da miedo.

Katia: Eso es peor.

Cosme: Chale, no amiga, ni lo pienses así...

Alex: Ya pusiste sentimental a la muchacha, Kat.

Katia: Perdóname, Sol.

Sol: ¿Te puedo decir algo, amiga? Así en súper confianza...

Katia: Claro.

Sol: Creo que todo lo que ocurrió con tu abuela te movió mucho, muchísimo; y es normal lo que piensas, pero también siento que estás exagerando, que estás siendo un poco melo...

Katia: ¿Melo?

Alex: Melodramática.

Katia: ¿Sí?

Cosme: Seee...

Katia: Ya... Probablemente tienen razón... Solamente estoy asustada y para variar no sé qué hacer con mi vida, lo de siempre. Odio mi trabajo aunque es mejor que nada. Tengo una relación hermosa con una mujer preciosa pero me da miedo el futuro con ella. No sé, estoy rara.

Sol: Pero si algún día decides ser mamá seguramente será una persona hermosa y muy querida.

Alex: Y la vamos a cuidar...

Katia: ¡Son las mejores!

Cosme: Yo cuando llore la verdad no lo cuido; no me gustan los bebés que lloran (lo digo de una vez para que no haya quejas). Y cambiar pañales tampoco hago.

Alex: El peor niño...

Sol: ¿Más café?

seis

Tendiendo la ropa limpia.

Katia: ¿Sabes qué locura pensé? Pero fue eso, una locura y ya, una ocurrencia. Nada importante.

Marcela: ¿Qué cosa?

Katia: Te iba a proponer adoptar, imagínate.

Marcela: ¿Adoptar?

Katia: O buscar una clínica de inseminación o algo, no sé. / O tener un hijo propio, o algo, no sé.

Marcela: ¿Cómo? ¿Un bebé? ¿Un bebé humano?

Katia: Sí, sí. Como que todo lo referente a la muerte y la vejez me puso reflexiva y sentimental, seguramente por el tema de mi abuela, pero ya pasó, hablé con les chiques y listo. Todo bien.

Marcela: ¿Qué hablaste?

Katia: Pues que era una necesidad, un miedo. Que no sé muy bien qué hacer con mi vida, ya sabes...

Marcela: Yo también he pensado en eso.

Katia: ¿En mis miedos y en qué hacer con mi vida?

Marcela: No boba; en que sí quiero que seamos mamás. / No boba; en tener un hijo.

Katia: ¿Cómo?

Marcela: ¡Tú y yo! ¡Hay que hacerlo! / ¡Tú y yo! que sí quiero que seamos papás ¡Hay que hacerlo!

Katia: Pero habías dicho que no, que “jamás en la vida”.

Marcela: Eso fue cuando te conocí y antes de vivir contigo... ¡Claro que quiero!

Katia: ¿Qué? ¿Es en serio?

Marcela: No digo que ahora, pero en unos años sí. Creo que me van a ascender pronto, estoy trabajando muy bien y mi jefa me ve potencial, la agencia está creciendo. ¡Sí! Quiero una niña.

Katia: No sé, no sé qué decir.

Marcela: Ya... Se nota que no te entusiasmó mucho tu propia idea. Pues perdón, eh.

Katia: No, no Marce... Espera. Marce...

siete

En los laberintos del sueño.

- La gente se asusta con la muerte.
- Pero solamente cuando les sorprende, cuando alguien cercano sucumbe entonces llorangritan maldicenblasfeman entransalen de sí mismos.
- ¡No lo pueden creer!
- Aunque sea irremediable, puesto que todos vamos a morir: Los que leen esto, los que lo escuchan, los que lo interpretan, quien lo escribe.
- Todos. Todas.
- Pero antes de la muerte propia, un día cualquiera la muerte llega y te cambia.
- Una plantita que dejaste de regar, un hámster succionado por la aspiradora, una tía abuela con diabetes que tus padres van a visitar al hospital, un perrito que se escapó cuando abriste la puerta y alcanzas a ver cómo el camión de la Coca-Cola lo despoja de toda noción de existencia.
- La muerte te rompe, te hace añicos, te desnuda de una piel liviana que tenías y te deja otra más gruesa y escamosa, como de reptil.
- Somos mamíferos hasta que una muerte nos vuelve ásperos.
- En alerta constante. La palabra misma ya tiene otro sabor.
- Es curioso cómo nos cambia la muerte, aunque esté en todos lados.

- Por ejemplo, en la comida. La mayoría de la gente se alimenta con animales asesinados para nuestro consumo. Animales que sentían, como nosotros, convertidos en cadáveres.

Pensamiento 1: Cadáveres. Convivimos con cadáveres, como el cadáver de tu propia abuela.

Pensamiento 3: Los guardamos en el refrigerador, los compramos felizmente cada semana, los empaquetan al vacío, los anuncian en los medios.

Pensamiento 2: ¡Venga por su pollo grandote: dos piernas, dos muslos, dos pechugas, dos alas! ¡La comida se pone buena!

Pensamiento 3: Hacemos fiestas alrededor de esos cadáveres en descomposición. Te llevan a cenar un cadáver en tu cumpleaños, te visten y calzan con cadáveres. Vendes y compras cadáveres.

- Incluso en el menú del restaurante fotografían los restos de un animal: huesos, costillas, la piel, órganos. Y se te antoja... Saboreas al cadáver.
- La promesa de un cadáver en tu boca: aliméntate de sus vísceras, de su cuerpo marchito.
- Nos asusta la muerte de nuestra especie, pero con otras somos auténticos asesinos.
- Indolentes.
- Y se supone que también somos animales.
- Pero no, no... Lo que nos asusta, lo que nos perturba realmente no es el cadáver, no es el cuerpo sin vida, sino el vínculo que teníamos con ese cuerpo.
- Exacto. No te sientes mal de ver al cerdo en nuestra mesa, convertido en una vulgar chuleta. O al pavo en Navidad, desnudo y recostado sobre una ensalada.
- ¿Sería lo mismo si ese cerdo, ese pavo fueran tu mascota, si lo hubieras abrazado desde que era un puerquito, si lo hubieras visto crecer?
- Si hubieras amado a ese animal, ¿te lo comerías?

Todos: ¡Claro que no!

Pensamiento 1: O quizá sí...

Pensamiento 3: ¿Ves? Eres contradictoria, Katia... Porque eres una potencial asesina.

Pensamiento 2: Entonces no es la muerte la que te perturba, es el amor, pausar el amor es lo que nos vuelve locos, monos sin sentido.

Pausa. Vigilia.

Marcela: ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Katia: Sí, creo que tuve una pesadilla... Horrible.

Marcela: Ya veo...

Katia: Estaba comprando un pollo rostizado y me hablaba... Creo que voy a hacerme vegetariana.

Marcela: ¿Qué? ¿Por qué?

Katia: No quiero más cadáveres en la casa, por favor.

Marcela: Bueno... Ya lo hablaremos... ¿Te abrazo para dormir? ¿O quieres algo más? ¿Un besito?

Katia: Solamente un abrazo, por favor...

ocho

Marcela.

Katia cambió mucho desde que murió su abuelita, es decir, desde que la encontró. Yo traté de hacerle ver que era normal, que la gente mayor muere, que ella tenía una enfermedad y que todos vamos para allá.

Pero es obsesiva y comenzó a leer cosas acerca de la vejez, de casos similares en muchas partes del mundo donde este tipo de abandonos ocurren, empezó con un documental japonés y después descubrió que también en Corea del Sur y en Europa mucha gente muere así. Y no solamente ancianos, porque gente solitaria hay en cualquier edad.

En fin, su vida cambió y nuestra relación también, por ejemplo sacó toda la carne de la casa y prácticamente me obligó a ser vegetariana. A no comprar nada de piel. Pero eso fue lo de menos, pronto vino lo peor...

En el vestíbulo.

Marcela: ¿Pero qué haces?

Katia: Hola, hola amor... Te explico: esto es una simulación... Estoy practicando, no te asustes...

Marcela: ¿Por qué ensuciaste la alfombra? ¿Y estas manchas en el cojín, en la pared? ¿Qué es esto?

Katia: Es acuarela... Esto es para saber cómo fotografiar a los cadáveres antes de intervenir.

Marcela: ¿Y este maniquí?

Katia: ¿Te gusta? Primero pensé en ponerle nombre, pero después me di cuenta que sería raro. Estaba en liquidación en una tienda de ropa que quebró...

Marcela: ¿Por qué nuestra sala parece la escena de un crimen? Me asustas.

Katia: ¡Renuncié a mi trabajo!

Marcela: ¿Qué?

Katia: Sí, ya no quiero vender cosas inútiles a la gente, no es lo mío. Una cosa nueva no negociable para mí: no trabajar nunca en un lugar que no me transmite nada.

Marcela: ¿Y por eso te vas a convertir en asesina?

Katia: No, no; es un kodokushi. Quiero limpiar los lugares donde han muerto las personas en soledad.

Marcela: ¿Qué?

Katia: ¡Sí! Y me respondió Matsumoto. ¡Ay!, estoy súper emocionada...

Marcela: ¿Quién, qué?

Katia: El tipo del documental, el japo. Creí que me había ignorado o que no era su cuenta de Instagram, pero sí. Lleva unos días enviándome material súper interesante. La comunicación no es fácil porque habla poquito inglés así que usamos el traductor, que no es muy preciso.

Marcela: No puedo con esta locura.

Katia: ¿Por qué? ¡Encontré algo que me interesa! Quiero tener mi propio escuadrón de limpieza. No es solamente limpiar, es generar todo un ritual alrededor, ¿sabes?

Marcela: No, no sé... Mírate, mira cómo está mi departamento. ¿Esto te gusta? Pareces una loca...

Katia: ¿Tu departamento?

Marcela: El contrato está a mi nombre. Y yo pago la mayoría de las facturas...

Katia: Qué bueno saberlo... ¿Así que quieres que pongamos una etiqueta a cada cosa, a cada pago?

Marcela: ¡Quiero que no saques la conversación de quicio!, Katia.

Katia: Cada quien con sus cosas y pagos entonces, dividimos todo, centímetro a centímetro, centavo a centavo.

Marcela: No estoy para estas mamadas, recoge y limpia, por favor...

Katia: ¡No! Y estoy harta de tenerte miedo. De no poder decir lo que siento... Estaba segura, hasta manifesté que te iba a parecer interesante esta idea que tengo...

Marcela: Ese es el problema. Prefieres manifestar que ponerte a trabajar, tienes ochenta “no negociables” y no toleras ningún fracaso. Vas de un empleo a otro, todos tus jefes son horribles, injustos, explotadores... En todo lo que te ocurre nunca tienes responsabilidad. Quieres una cosa y cambies enseguida.

Katia: Claro que no...

Marcela: Querías tener una hija y te dije que sí. ¿Qué pasó después? Te arrepentiste.

Katia: Bueno, soy una persona con dudas. ¡No tiene nada de malo!

Marcela: ¡No son dudas! Es tener identidad, saber quién eres. Te sientes un poquito dispersa y ya te autodiagnosticas con TDA, te sientes triste y ya tienes depresión o ansiedad. Se muere tu abuela y te trastornas: quieres hacer no sé qué cosa de limpieza forense porque te respondió un japonés que viste en la tele.

Katia: ¡En un documental que precisamente tú me enviaste!

Marcela: ¿Y si te envió Toy Story tu horrible colección de funkos cobraría vida y tendrían increíbles aventuras? ¡No! ¡Reacciona, Katia! ¡Vive la vida real! Deberías poner los pies en la tierra, por favor. ¡Ya es hora!

Katia: Sí, tienes razón. Los voy a poner ahora mismo: esto se acabó. Adiós Marcela...

Sol: Katia se fue a vivir conmigo.

Cosme: Literal se fue a dormir al sillón de un departamento muy compartido.

Alex: Se sentía fracasada (y lo estaba). En un solo día había renunciado a su trabajo de “gran supervisora de ventas” en una tienda departamental y había roto con su novi@.

Sol: Qué rápido se acabó el amor...

Alex: Todo por culpa de un japonés.

Cosme: Yo hasta pensé que Katia y el tal Matsumoto tenían un romance o algo raro.

Alex: Nada que ver.

Sol: Él solamente le explicó cómo se convirtió en limpiador profesional de muertes en soledad.

Cosme: Y Katia estaba segura que podía hacer algo similar, aquí.

Sol: Nos contaba sobre sus investigaciones y la gran cantidad de personas que mueren solas.

Cosme: Que están abandonadas en vida.

Alex: Como seres desechables.

Sol: Prisioneras con largas condenas, gente en asilos, en hospitales psiquiátricos, viudos y viudas sin interés por la vida, enfermos mentales a quienes su familia les renta un cuarto en una pensión y poco más. Olvidados, olvidadas.

Alex: Prostitutas, enfermos terminales, homeless, adictos. Solos.

Cosme: Personas con movilidad reducida que piden el supermercado a la puerta de su casa. Y no tienen otro contacto con la realidad.

Alex: Mucha gente que solamente está esperando el momento para irse, para dejar este mundo.

Sol: Pero no tienen a nadie cerca.

Cosme: Nadie que les tome de la mano, que los consuelen en el llanto, nadie que les diga que todo va a estar bien, que no se preocupen, que lo hecho, hecho está, que descansen por fin en paz.

Sol: Nadie que los escuche por última vez rezar, hablar, pedir. Nadie en quien depositar las últimas miradas, los últimos gestos, las últimas risas y los últimos secretos.

Alex: Un último abrazo o la sonrisa final.

Cosme: ¿Has pensado cuando será la última vez que sonreirás?

Alex: Con suerte, alguna enfermera o algún voluntario que van pasando por ahí lo verán. Pero no es lo habitual, con estas personas no.

Sol: Ella se dio cuenta que la muerte de su abuela Martha no había sido un acontecimiento aislado.

Cosme: Sino el síntoma de familias cada vez menos preocupadas por sus mayores.

Sol: Por escucharlos, por sentirlos, por saberlos cerca.

Alex: Los viejos, los ancianos, las abuelas, las yayas.

Cosme: Y siempre hay una explicación: los que no tuvieron hijos, los que emigraron, los que están en la cárcel, los que se jubilaron o los que sencillamente enfermaron de soledad.

Alex: O los que se pelearon con su familia. Las no aceptadas. Los que no fueron perdonados. Las que tienen hijos o nietos “muy ocupados”.

Sol: O los que padecen el síndrome de Diógenes. Claro, encontramos a muchas personas así. Y digo encontramos porque no tuvimos otra opción que unirnos a la loca idea de Katia.

Cosme: Era tal su entusiasmo que empezamos a dedicar nuestro tiempo libre para ir a esos lugares y acompañar a los solitarios que estaban cerca de la muerte.

Sol: Jugar a las cartas, leerles algo en voz alta, rezar o simplemente visitarlos.

Alex: Algunos parecía que nos estaban esperando, que necesitaban a alguien cerca para dejarse ir. Para soltar ese hilito de vida.

Sol: Otros nos daban instrucciones precisas: estas llaves, estas cartas, estos papeles, este retrato, mis perros, mi gatita: por favor cuídenla mucho, que no se salga a la calle; avísenle a esta persona que morí o por favor no, no le digan a nadie que fallecí, que les duela el que ni siquiera hayan sido informados, que se enteren después.

Alex: Y finalmente recuperar las pertenencias, recoger los cuerpos, entregar todo a las autoridades y documentar lo posible.

Sol: Orar por ellos, para ellos, con ellos y ellas. Darles tranquilidad y cariño.

Cosme: Eso sucedía con los que alcanzamos a conocer.

Alex: Otros tenían días de haber fallecido. Y entonces a ponernos los trajes de limpieza.

Cosme: La verdad yo me siento como un astronauta cada vez que lo uso.

Sol: Limpiar la casa de alguien que ha muerto, empacar y organizar sus cosas es un acto de amor.

Alex: El amor más allá de la muerte.

Cosme: Comenzamos a hacerlo como algo esporádico y se convirtió en nuestra forma de vida.

Alex: En el país de los desaparecidos, del día de muertos, de la calaca tilica y flaca, del “nosotros nos reímos de la muerte”, pensamos que era necesario hacer esto y difundirlo.

Sol: Fotografiamos todo antes de comenzar, por si la familia quería conocer el estado de sus cosas en los últimos momentos.

Alex: La taza aún con la marca del labial, la caja de galletas abierta y encima de la mesa, la ropa secuestrada por una lavadora cuya puerta no se abrió, las alarmas en los despertadores, las luces encendidas, la lista de cosas por comprar aún pegada en el refrigerador.

Sol: Y antes de comenzar hacemos una oración, nuestra oración secular de despedida y respeto.

diez

Se solicita al público que dedique a una persona cercana fallecida la siguiente oración ritual.

Madres y padres nuestros,
abuelos y abuelas
hijos e hijas, hermanos y hermanas
que ya están en los cielos y en la tierra,
en las moléculas y en las partículas elementales,
santificados sean sus nombres
y aunque ya no estén aquí con nosotros
perdonen nuestros olvidos,
la indiferencia y el “luego les llamo”,
como también nosotros perdonaremos a quienes nos olviden en el futuro,
por favor no nos dejan caer en la absoluta soledad
y líbrenos de una muerte dolorosa.
Amén.

Once

Marcela.

Se comenzó a difundir que había un “escuadrón de muerte digna”, que acompañaban a las personas solitarias y que además limpiaban las casas o habitaciones de quien había fallecido de improviso.
Además parecía ser un trabajo bastante retributable, puesto que la culpa de los familiares hacía que pagaran muy bien.
Incluso me salió un hilo en twitter al respecto.
No lo dudé y fui a buscarla...
Soy de l@s que piensa que hay que reconciliarnos con el amor y dejar de fingir que no lo necesitamos...

Rompe el documental.

Katia: ¿Qué haces aquí?

Marcela: Vine a decirte que estoy muy, muy orgullos@ de ti...

Katia: ¿Por qué?

Marcela: Primero que nada, por ponerte ese traje y que no verte ridícula. Y segundo porque está muy bien lo que haces, lo que hacen... Tenías razón sobre esto, no lo entendí...

Katia: Gracias, Marce...

Marcela: Y también quiero ofrecerte una disculpa... Tú sabes por qué...

Katia: ...

Marcela: ¿Crees que podríamos acompañar nuestras soledades, otra vez?

Katia: Tal vez, tal vez...

Samuel Pier Nocetti. Neurocientífico.

Curiosamente la esperanza de vida es mayor entre quienes tienen pareja estable en el último tramo de vida. Y tiene sentido porque la soledad cuando no es deseada, cuando es una soledad que se parece más al abandono, repercute en las funciones cognitivas.

Por ejemplo, aumenta el cortisol y disminuye la plasticidad cerebral. El amor es, en cierta medida, más que un sentimiento una decisión. Y esa decisión se corresponde con escuchar a los familiares cercanos, construir rituales de pareja o actividades diversas con otras personas. Somos cerebros sociales y necesitamos interacción continua con nuestros pares.

La depresión es mucho mayor entre quienes no han decidido estar solos pero lo están y no lo pueden evitar. Por eso se recomienda buscar exposición pública, formar parte de grupos y realizar actividades lúdicas, no solamente en la vejez, sino a cualquier edad.

La felicidad sólo es real, cuando es compartida.

doce

En el museo de la memoria personal.

Katia: Guardé algunas cosas de mi abuela: Un libro, su radio roja portátil, un rosario, varios anteojos, un par de guantes, fotografías e incluso el último recibo de teléfono a su nombre.

Y lo organicé como un altar de muertos permanente.

En las cosas de quienes nos han dejado depositamos no sólo los recuerdos, también la esperanza, la magia de que sigan aquí, entre nosotros.

Por ejemplo, yo me quedé con su máquina de coser. Y cada vez que veo esa máquina ella está ahí sentadita, como cuando yo era niña y ella remendaba mis pantalones.

Mi abuela fue costurera, casi toda su vida.

Martha:

Hasta que mis ojos ya no dieron más. Pero con estos ojos y manos saqué adelante a mis hijos, eh.

Me fui quedando sin vista: se me fue apagando el mundo y me hice miedosa, lenta, torpe. Y entonces dejé de trabajar; también porque ya estaba muy cansada. Es cierto que cuando cerré por

completo mi negocio ya casi no hablaba con la gente, tampoco
con mis hijos.

Ellos se fueron a la ciudad e hicieron su vida, a veces mis nietos
venían en vacaciones, pero también crecieron y les aburría estar
aquí. Nunca quise ser un estorbo, una carga. Y un día ya estaba
sola, completamente sola en una casa de pueblo donde antes
había ruido, gente, la mesa servida para muchas personas.

Yo conmigo misma. Y nadie más. Puff...

¿Me habría gustado que me visitarán más? ¿Menos llamadas por
compromiso y más por cariño? ¿Saber más acerca de ellos, de sus
vidas? ¿Qué me acompañarán al médico por ejemplo? Pues claro
que sí. Pero esa decisión no me correspondía. Tal vez yo tampoco
supe cómo ser cariñosa, cómo demostrar el amor que les tenía y
por eso se alejaron. Seguramente no siempre supe cómo decirles
que los quería.

Pero eso sí, que no piensen que se me olvidó cómo abrazar.
Si pudiera volver, aunque fuera por unos minutos me gustaría
justamente eso, abrazarlos una última vez.

- Perdón abuela.
- Perdón por todo.
- Pero también gracias por mostrarnos el camino.

Oscuro